

LECTIO DIVINA

SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO -CICLO B-

(14 de enero 2024)

1sm 3,3-10.19

Sal 39

1Cor 6,13-15.17-20

Jn 1,35-42

La liturgia del II Domingo del Tiempo Ordinario nos invita a descubrir que Dios cuenta con nosotros para hacer realidad su proyecto en el mundo y en la historia; y propone acoger, con disponibilidad y generosidad, los desafíos de Dios.

La primera lectura nos trae la historia de la llamada del profeta Samuel. Nos dice que la llamada es siempre una iniciativa de Dios: es Él quien sale al encuentro del hombre, lo llama por su nombre, lo desafía a ser signo y testimonio del proyecto de Dios en el mundo. La respuesta del joven Samuel puede constituir el paradigma de nuestra respuesta al Dios que llama.

El Evangelio describe el encuentro de Jesús con sus primeros discípulos y traza el camino que el discípulo debe seguir después de este primer encuentro: debe ir tras Jesús, establecer contacto con Él, darse cuenta de que Él es la fuente de la verdadera Vida, aceptar vivir en comunión con Él, conviértete en su testigo entre los demás hermanos.

En la segunda lectura, Pablo invita a los cristianos de Corinto a vivir de manera coherente con el llamado que Dios les hizo. En el creyente que vive en comunión con Cristo y que es Templo del Espíritu, la vida nueva de Dios debe manifestarse siempre. Todos los bautizados están llamados a dar testimonio del Hombre Nuevo, el Hombre que vive de Jesús y camina con Jesús.

1Samuel 3,3-10.19

En aquellos días, el joven Samuel servía en el templo a las órdenes del sacerdote Elí. Una noche, estando Elí acostado en su habitación y Samuel en la suya, dentro del santuario donde se encontraba el arca de Dios, el Señor llamó a Samuel y éste respondió: "Aquí estoy". Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?" Respondió Elí: "Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte". Samuel se fue a acostar. Volvió el Señor a llamarlo y él se levantó, fue a donde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?" Respondió Elí: "No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte".

Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel; éste se levantó, fue a donde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?"

Entonces comprendió Elí que era el Señor quien llamaba al joven y dijo a Samuel: "Ve a acostarte, y si te llama alguien, responde: 'Habla, Señor; tu siervo te escucha' ". Y Samuel se fue a acostar.

De nuevo el Señor se presentó y lo llamó como antes: "Samuel, Samuel". Éste respondió: "Habla, Señor; tu siervo te escucha".

Samuel creció y el Señor estaba con él. Y todo lo que el Señor le decía, se cumplía.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

El Libro de Samuel nos sitúa en el periodo histórico que va desde mediados de siglo. XI a.C. hasta el final del reinado de David (972 a.C.). Es durante este período que varias tribus de la región, ya sean aquellas que habían regresado de Egipto con Moisés, u otras que habían habitado la tierra de Canaán durante varios siglos, fortalecerán sus vínculos para formar una unidad política. En los últimos años del siglo. XI aC, estas tribus se unirán en torno a la realeza davídica.

Los primeros capítulos del Libro de Samuel nos sitúan todavía en la fase premonárquica. En esta fase, por un lado, se produce un creciente proceso de sedentarización, consolidación y unificación de las tribus en el territorio de Canaán, a partir de determinados elementos unificadores, como los “jueces”, los pactos de defensa frente a enemigos comunes, las federaciones. de las tribus vecinas (“anfictomía”) y de los santua-

rios que periódicamente acogen el Arca de la Alianza y sientan las bases de la fe monoteísta; por otro lado, también se observa la precariedad de las coaliciones defensivas ante los ataques enemigos, la escasa conciencia unitaria, el descrédito de algunos “jueces”, todo un conjunto de debilidades que generan inestabilidad e incertidumbre... Las instituciones tribales lo demuestran insuficiente para responder a los nuevos desafíos, en particular a la presión militar ejercida por los filisteos. El modelo monárquico de los pueblos vecinos parece ser la solución ideal para afrontar los nuevos desafíos de la historia.

Samuel aparece en esta época de transición de la vida tribal a la monarquía. Perteneció a la tribu de Efraín, tribu asentada en el centro del país, en el monte de Efraín (donde, de hecho, Samuel ejerce su ministerio). El Libro de Samuel lo presenta como un “juez” (su maravilloso nacimiento se narra en la misma línea que el nacimiento de Sansón – 1 Sam 1; cf. Juez 13); pero pronto se dice que fue educado en el templo de Silo, donde estaba depositada el Arca de la Alianza (1 Sam 2,18-21), lo que podría significar que también desempeñó funciones litúrgicas. Más tarde será llamado, en un período de desolación, a liderar al Pueblo en la lucha contra los filisteos.

Samuel es, por tanto, una figura compleja y polifacética, a la vez juez, sacerdote y jefe de ejércitos. Cierra la brecha entre una época de confusión y poca conciencia unitaria, y una época en la que una organización más centralizada comienza a tomar forma.

El texto que la liturgia de hoy nos propone como primera lectura presenta la vocación de Samuel. La escena nos sitúa en el santuario de Siló, donde estaba el Arca de la Alianza. Samuel, consagrado a Dios por su madre, era servidor del santuario (cf. 1 Sam 1,11.22-28).

Más que un relato fiable de acontecimientos concretos, este texto debe verse como una catequesis sobre la llamada de Dios y la respuesta del hombre, escrita según el esquema típico de los relatos vocacionales.

MENSAJE

La primera nota que es necesario resaltar, a partir del relato de la vocación de Samuel, es que la vocación es siempre una iniciativa de Dios (“el Señor llamó a Samuel” – v. 4a). Es Dios quien, siguiendo criterios que se nos escapan por completo, elige, llama, interroga, desafía al hombre. La indicación de que “*Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada*” (v. 7) sugiere claramente que el llamado de Samuel proviene solo de Dios y es una iniciativa exclusiva de Dios, para de lo que Samuel, al principio, no se da cuenta por completo.

Una segunda nota es sugerida por el marco temporal del llamado: Dios se dirige a Samuel mientras estaba acostado, presumiblemente durante la noche. Es el momento de silencio, tranquilidad y calma, cuando el bullicio, el ruido y la confusión han cesado. La nota sugiere que la voz de Dios se vuelve más fácilmente perceptible en el silencio, cuando el corazón y la mente del hombre han abandonado la preocupación por los problemas cotidianos y están más libres y disponibles para escuchar las llamadas y los desafíos de Dios.

¿Cómo se moldea la respuesta de Samuel al llamado de Dios? En primer lugar, el autor de esta catequesis destaca la dificultad de Samuel para reconocer la voz del Señor. Yahvé llamó a Samuel cuatro veces y sólo la última vez el joven logró entender cuál era la voz. Con este detalle, el catequista resalta la dificultad que cualquier llamado experimenta para identificar la voz de Dios, en medio de la multiplicidad de voces y llamados que cada día atraen su atención y seducen sus sentidos.

Destaca entonces el papel de Eli en el descubrimiento vocacional del joven Samuel. Es Eli quien comprende “que fue el Señor quien llamó al niño” y quien enseña a Samuel a abrir su corazón al llamado de Yahvé (“si te llaman de nuevo, responde: “*Habla, Señor; tu siervo te escucha*”. – v. 9). El detalle sugiere que, muy a menudo, los hermanos que nos rodean tienen un papel decisivo a la hora de percibir la voluntad de Dios para nosotros y de hacernos conscientes de los llamados y desafíos que Dios nos presenta. Finalmente, el autor destaca la disposición de Samuel a escuchar y acoger la voz de Dios: “*Habla, Señor; tu siervo te escucha*” (v. 10). En el mundo bíblico, “escuchar” no significa simplemente escuchar con los oídos; pero significa, sobre todo, acoger en el corazón e integrar en la propia vida lo que hemos oído. Esto es lo que el joven Samuel se propone hacer. Totalmente disponible al servicio de Yahvé, abraza la misión de ser signo vivo de Dios, voz “humana” de Dios que resuena en la vida y en la historia de su Pueblo.

ACTUALIZACION

- La vocación es siempre una iniciativa misteriosa y libre de Dios. El profeta debe ser plenamente consciente de que en el origen de su vocación está Dios y que su misión sólo puede entenderse y realizarse en referencia a Dios. Un profeta no se convierte en profeta por iniciativa propia, para cumplir sueños personales, o porque cree que tiene las “cualidades profesionales” requeridas para el cargo... El profeta se convierte en profeta porque un día escuchó a Dios llamándolo por su nombre y confiando en él. Él. Él una misión. Todos nosotros, llamados por Dios a una misión en el mundo, no podemos olvidar esto: nuestra misión proviene de Dios y debe desarrollarse en referencia a Dios. Como profetas, no nos anunciamos, no vendemos nuestros sueños, no imponemos a los demás nuestra visión personal de las cosas; pero anunciamos y testificamos de Dios y sus proyectos entre nuestros hermanos.
- El relato de la vocación de Samuel nos sitúa en un marco temporal propio: la noche, cuando las tareas del día han concluido y cuando el santuario de Silo se rodea de tranquilidad, calma y silencio... Probablemente, el catequista que escribió este texto no escogió este encuadre por casualidad. Quería sugerir que es más fácil detectar la presencia de Dios y escuchar su voz en este ambiente propicio de silencio que favorece la escucha. Cuando corremos de un lugar a otro, ocupados en mil y una actividades, preocupados por responder a las peticiones que nos llegan de todas partes, apenas tenemos espacio y disponibilidad para escuchar la voz de Dios y detectar esos signos discretos a través de los cuales Él nos muestra sus caminos. El profeta necesita tiempo y espacio para orar, para hablar con Dios, para interrogar su corazón sobre el sentido de lo que hace, para escuchar a ese Dios que habla en las “pequeñas cosas” a las que no siempre damos importancia. ¿Intento reservar tiempo para interiorizar la Palabra de Dios, dialogar con Él y responder a los desafíos que me lanza? ¿Estoy disponible para escuchar al Espíritu, como exige el modo sinodal de ser Iglesia?
- Son muchas las “voces” que escuchamos cada día vendiendo propuestas de vida y felicidad. Muchas veces, estas “voces” nos confunden, nos alienan y nos llevan por caminos donde no se encuentra la felicidad. ¿Cómo identificar la voz de Dios entre las voces que escuchamos cada día y que sugieren una colorida multiplicidad de caminos y propuestas? Samuel no identificó solo la voz de Dios, sino que recurrió a la ayuda del sacerdote Heli... De hecho, quienes comparten con nosotros la misma fe y siguen el mismo camino pueden ayudarnos, con sus palabras y su testimonio para identificar la voz de Dios. Nuestra comunidad cristiana nos interpela, nos interpela, nos cuestiona, nos ayuda a purificar nuestras opciones y comprender los caminos que Dios nos propone.
- Aún en la iglesia es a veces difícil “escuchar” la voz del Señor, pues hay tantas voces que muchas veces parecen contradictorias. Por ejemplo, el Papa dice algo, e inmediatamente hay algunos que lo critican... ¿Cuál voz escuchar?
- Después de identificar esta misteriosa “voz” que se dirigía a él, Samuel respondió: “Habla, Señor; tu siervo escucha”. Es expresión de total disponibilidad, apertura y entrega a los desafíos y llamadas de Dios. Es evidente que, en la figura de Samuel, el catequista bíblico propone la actitud paradigmática que deben asumir todos aquellos a quienes Dios llama. ¿Cómo me posiciono ante los llamados y desafíos de Dios? ¿Con una negativa obstinada, con un “sí” reticente, o con total disponibilidad y entrega?

Salmo 39

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Esperé en el Señor con gran confianza;
él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias.
El me puso en la boca un canto nuevo,
un himno a nuestro Dios.

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Sacrificios y ofrendas no quisiste,
abriste, en cambio, mis oídos a tu voz.
No exigiste holocaustos por la culpa,
así que dije: "Aquí estoy".

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

En tus libros se me ordena
hacer tu voluntad.;
esto es Señor, lo que deseo
tu ley en medio de mi corazón.

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

He anunciado tu justicia
en la gran asamblea;
no he cerrado mis labios:
tú lo sabes, Señor.

R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

1Corintios 6,13-15.17-20

Hermanos: El cuerpo no es para fornicar, sino para servir al Señor; y el Señor, para santificar el cuerpo. Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder.

¿No saben ustedes que sus cuerpos son miembros de Cristo? Y el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él. Huyan, por lo tanto, de la fornicación. Cualquier otro pecado que cometa una persona, queda fuera de su cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo.

¿O es que no saben ustedes que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que han recibido de Dios y habita en ustedes? No son ustedes sus propios dueños, porque Dios los ha comprado a un precio muy caro.

*Glorifiquen, pues, a Dios con el cuerpo. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

Durante su segundo viaje misionero, Pablo llegó a Corinto, después de atravesar gran parte de Grecia, y permaneció allí alrededor de 18 meses (años 50-52). Según Hechos 18:2-4, Pablo comenzó a trabajar en la casa de Priscila y Aquila, una pareja judeocristiana. El sábado habló en la sinagoga. Con la llegada a Corinto de Silvano y Timoteo (2 Cor 1,19; Hch 18,5), Pablo se dedicó por completo al anuncio del Evangelio. Pero no pasó mucho tiempo hasta que entró en conflicto con los líderes de la comunidad judía y fue expulsado de la sinagoga.

Corinto, una ciudad nueva y próspera, fue la capital de la provincia romana de Acaya y la sede del próconsul romano. Servido por dos puertos marítimos, se reunieron personas de todas las razas y religiones. Era la ciudad del caos para los marineros que cruzaban el Mediterráneo y que, tras semanas de navegación, llegaban con ganas de divertirse. En tiempos de Pablo, la ciudad albergaba a unas 500.000 personas, dos tercios de las cuales eran esclavos. La escandalosa riqueza de algunos contrastaba con la miseria de la mayoría.

Como resultado de la predicación de Pablo nació la comunidad cristiana de Corinto. La mayoría de los miembros de la comunidad eran de origen griego, y de condición humilde (cf. 1 Cor 11,26-29; 8,7; 10,14,20; 12,2); pero también había elementos de origen hebreo (cf. Hch 18,8; 1 Cor 1,22-24; 10,32; 12,13).

En general, la comunidad era animada y ferviente; sin embargo, estuvo expuesta a los peligros de un ambiente corrupto: moral disoluta (cf. 1 Cor 6,12-20; 5,1-2), riñas, disputas, peleas (cf. 1 Cor 1,11-12), seducción de la sabiduría filosófica de origen pagano que fue introducida en la Iglesia revestida de un superficial barniz cristiano (cf. 1 Cor 1,19-2,10).

Era una comunidad fuerte y vigorosa, pero que tenía sus raíces en un terreno adverso. En el centro de la ciudad, el templo de Afrodita, la diosa griega del amor, atraía a peregrinos y fomentaba el despilfarro y el libertinaje sexual. Los cristianos, naturalmente, vivieron rodeados de este mundo y terminaron llevando algunos de los vicios de la cultura circundante a la comunidad. En la comunidad de Corinto vemos las

dificultades de la fe cristiana para insertarse en un ambiente hostil, marcado por una cultura pagana y un conjunto de valores que están en profunda contradicción con la pureza del mensaje evangélico.

En 1 Cor 6,12 aparece una frase –posiblemente del mismo Pablo– que sirvió a algunos cristianos de Corinto para justificar sus excesos: “*Todo me es lícito*”... Pablo explica que “todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me está permitido, pero no me haré esclavo de nada”. A continuación, Pablo recuerda a los miembros de la comunidad las exigencias de su adhesión a Cristo.

MENSAJE

Por el bautismo, el cristiano se hace miembro de Cristo y forma con él un solo cuerpo. A partir de ese momento, los pensamientos, las palabras y las actitudes del cristiano deben ser los de Cristo y deben dar testimonio, ante el mundo, de Cristo mismo. En el “cuerpo” del cristiano, por tanto, se manifiesta la realidad del “cuerpo” de Cristo.

Además: el cristiano es también templo del Espíritu. Para los judíos, el “templo” de Jerusalén era el lugar donde Dios residía en el mundo y se manifestaba a su Pueblo... Decir que los cristianos son “Templo del Espíritu” significa que ahora son el lugar donde reside y vive la vida de Dios, donde se manifiesta Dios. En el Bautismo, el cristiano recibe el Espíritu de Dios; y es este Espíritu el que, a partir de ese momento, los guiará, inspirará sus pensamientos, condicionará sus acciones y comportamientos.

Se sugieren aquí los elementos fundamentales de la antropología cristiana... El “cuerpo” es el lugar donde se manifiesta históricamente esa vida nueva que inunda al creyente, después de su adhesión a Cristo. Por tanto, el “cuerpo” –al contrario de lo que defendían algunas corrientes bien representadas en las escuelas filosóficas de Corinto– no es algo despreciable, bajo, miserable, condenado; pero es algo que tiene una dignidad suprema, ya que es en él donde se manifiesta la vida de Dios en el mundo.

Pablo extrae de ello algunas consecuencias prácticas y no duda en aplicarlas a la situación concreta de los creyentes en Corinto, a veces tentados por comportamientos poco edificantes, particularmente en el ámbito de la sexualidad: si los cristianos son miembros de Cristo y viven en comunión con Cristo, debe evitar conductas revoltosas en el ámbito de la sexualidad; si los cristianos son “Templos del Espíritu” y sus cuerpos son el lugar donde se manifiesta la vida nueva de Dios, ciertas actitudes y hábitos desordenados no son dignos de los creyentes.

En el “cuerpo” de los cristianos debe manifestarse la vida de Dios. Ahora bien, todo lo que sea expresión de egoísmo, de búsqueda desenfrenada de los propios intereses, de cumplimiento incontrolado de los propios caprichos, de conductas que utilizan e instrumentalizan a los demás, está en absoluta contradicción con esta nueva vida de Dios que es relación, entrega mutua, compromiso serio, amor verdadero. Es verdad que los creyentes son libres; pero la libertad cristiana tiene como límite al mismo Cristo: nada que contradiga los valores y el proyecto de Jesús puede ser aceptado por el cristiano. De hecho, los creyentes deben ser conscientes de que el radicalismo de la libertad a menudo termina en esclavitud.

Pablo termina con una invitación singular: “*Glorifiquen, pues, a Dios con el cuerpo*” (v. 20). Es a través de comportamientos y actitudes que manifiestan la realidad de la nueva vida de Jesús que los creyentes pueden “adorar” a Dios. El “culto” a Dios no implica la práctica de un conjunto de ritos externos, más o menos pomposos, más o menos solemnes, sino un compromiso de vida que afecta a toda la persona y que concierne a la relación del creyente con sus hermanos o hermanas. y contigo mismo. Es necesario que en todas las circunstancias –incluso en el ámbito de la vivencia de la sexualidad– la vida del creyente sea entrega, servicio, donación, respeto, amor verdadero. Esta es la adoración que Dios exige.

ACTUALIZACION

- Todos estamos llamados a integrar el “cuerpo” de Cristo. El día de nuestro Bautismo respondimos positivamente a la invitación que se nos hizo en este sentido; y luego, en el camino, reiteramos ese compromiso una y otra vez... ¿Vivimos conscientes de esto? ¿Es esta opción fundamental una realidad que siempre tenemos presente en cada paso de nuestro camino de vida?
- La adhesión a Cristo implica asumir comportamientos coherentes con lo que Jesús nos dijo en palabras y gestos; implica seguirlo por el camino del amor incondicional, del servicio sencillo y gratuito, de la donación total a Dios y a nuestros hermanos. Así, nada que sea egoísmo, explotación,

violencia, soberbia, mentira, abuso de los derechos y la dignidad de los demás, búsqueda desordenada del propio bien a costa de los demás, puede entrar, como normalidad, en la vida de un discípulo de Jesús. ¿Mi comportamiento en el contexto familiar, en el espacio donde desarrollo mi vida profesional, en mi círculo de relaciones, es coherente con mi calidad de discípulo de Jesús?

- Por cierto, Pablo plantea el problema de la experiencia de la sexualidad... Esta importante dimensión de nuestra realización como personas no puede materializarse en acciones egoístas, que nos esclavizan e instrumentalizan a los demás; pero debe implementarse en un marco de amor verdadero, de relación, de dedicación mutua, de compromiso, de respeto absoluto por el otro y por su dignidad. En este campo, hay, con cierta frecuencia, denuncias de comportamientos y actitudes, dentro y fuera de la Iglesia, que afectan y hieren a personas frágiles e indefensas. Siempre debemos tener esto claro: cualquier comportamiento abusivo que irrespete la dignidad y la autonomía de otros hermanos y hermanas que se cruzan con nosotros constituye una grave subversión de los valores de Jesús.
- “Todo me es permitido” – se dijo en tiempos de Pablo y se repite hoy... ¿Es la libertad un valor absoluto? Para los discípulos de Jesús, la libertad no puede traducirse en comportamientos y elecciones que nieguen nuestra opción fundamental por Cristo. Hay quienes piensan que sólo nos realizaremos plenamente si podemos hacer todo lo que queremos... Sin embargo, el cristiano sabe que “no todo le conviene”. De hecho, determinadas opciones contrarias a los valores del Evangelio no conducen a la libertad, sino a la dependencia y la esclavitud.
- ¿Cuál es la verdadera “adoración” que Dios pide? ¿Cómo traducimos en gestos concretos nuestra adhesión a Dios? Pablo sugiere que el verdadero culto, el culto que Dios espera, es una vida coherente con los compromisos que asumimos con Él, traducida en gestos concretos de amor, dedicación, donación, respeto por los demás y su dignidad.

Juan 1,35-42

En aquel tiempo, estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba, dijo: "Éste es el Cordero de Dios". Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos, y viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscan?" Ellos le contestaron: "¿Dónde vives, Rabí?" (Rabí significa 'maestro'). Él les dijo: "Vengan a ver".

Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés, fue a su hermano Simón, y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías" (que quiere decir 'el Ungido'). Lo llevó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él la mirada, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás" (que significa Pedro, es decir 'roca').

Palabra del Señor.

Para ayudar a la lectura del pasaje:

vv. 35-36: Juan Bautista vive una experiencia fortísima a raíz del encuentro con Jesús: de hecho, es precisamente aquí, al tercer día, cuando él lo reconoce plenamente, cuando lo proclama con todas las fuerzas y lo señala como verdadero camino que se debe seguir, como vida, que se debe vivir. Aquí Juan disminuye hasta desaparecer y se agiganta como testimonio de la Luz.

vv. 37-39: Habiendo acogido el testimonio de su maestro, los discípulos de Juan comienzan a seguir a Jesús; después de haber escuchado la voz, ellos encuentran la Palabra y se dejan interrogar por ella. Jesús los mira, los conoce y comienza su diálogo con ellos. Él los lleva consigo, los introduce en el lugar de su morada y les hace estar con Él. El evangelista registra la hora precisa de este encuentro cara a cara, de este cambio de vida entre Jesús y los primeros discípulos.

vv. 40-42: De repente cunde el testimonio: Andrés no puede callar lo que ha oído y visto, lo que ha experimentado y vivido y se convierte en misionero, llamando a su hermano Pedro para que él también encuentre a Jesús. Él, fijando su mirada sobre aquel hombre, lo llama y transforma su vida; era Simón, ahora se ha convertido en Pedro.

Algunas preguntas

Trata ahora de escuchar todavía mejor este pasaje, recogiendo cada palabra, cada concepto, estando atento a los movimientos, a las miradas. Trata de encontrar verdaderamente al Señor en esta página, dejándote escrutar y conocer por Él.

a) **“Al día siguiente Juan estaba todavía allí”** Siento, en estas palabras, la insistencia de la búsqueda, de la esperanza; siento la fe de Juan Bautista que crece. Los días están pasando, la experiencia del encuentro con Jesús se intensifica: Juan, no cesa, no se cansa, al contrario, cada vez está más seguro, más convencido, luminoso. Él está, se queda. Me comparo con la figura del Bautista: ¿Soy yo uno que está, que se queda? ¿O más bien, me retiro, me canso, me fatigo y dejo que mi fe se apague? ¿Yo estoy o me siento, atiendo o no espero más?

b) **“Fijando la mirada sobre Jesús”** Hay aquí un verbo bellissimo, que significa “mirar con intensidad”, “penetrar con la mirada” y se repite también en el v. 42, referido a Jesús, que mira a Pedro para cambiarlo de vida. Muchas veces, en los evangelios, se dice que Jesús fija su mirada sobre sus discípulos (Mt 19,26), o sobre una persona en particular (Mc 10,21); sí, Él fija para amar, para llamar, para iluminar. Su mirada no se separa nunca de nosotros, de mí. Sé que sólo puedo encontrar la paz intercambiando esta mirada. ¿Cómo puedo simular que no lo veo? ¿Por qué continuar fijando la mirada allí y allá, huyendo del amor del Señor, que sí se ha fijado en mí y me ha elegido?

c) **“Siguieron a Jesús”** Esta expresión, referida a los discípulos, no significa solamente que ellos comienzan a caminar en la misma dirección que Jesús, sino mucho más: que ellos se consagran a Él, que comprometen su vida por Él, para Él. Es Él quien toma la iniciativa, lo sé y el que me dice: “Tú sígueme”, como al joven rico (Mt 19,21), como a Pedro (Jn 21,22); pero yo ¿cómo respondo en verdad? ¿Tengo el valor el amor, el ardor para decirle: “Maestro, yo te seguiré adondequiera que vayas” (Mt 8,19) confirmando las palabras con los hechos? ¿O también digo yo como aquel del evangelio: “Te seguiré, pero deja primero que...” (Lc 9,61)?

d) **“¿Qué buscan?”** Por fin el Señor pronuncia sus primeras palabras en el evangelio de Juan y son una pregunta bien precisa, dirigida a los discípulos que lo están siguiendo, dirigida a nosotros, a mí personalmente. El Señor fija su mirada sobre mí y me pide: “¿Qué estás buscando? No es fácil responder a esta pregunta; debo bajar al fondo de mi corazón y allí escucharme, medirme, verificarme. ¿Qué busco yo verdaderamente? ¿Mis energías, mis deseos, mis sueños, mis haberes a donde se dirigen?

e) **“Se quedaron con Él”** Los discípulos se quedan con Jesús, empiezan a vivir junto a Él, a tener la casa en común con Él. Aun más, quizás empiezan a experimentar que el mismo Señor es su nueva casa. El verbo que aquí usa Juan, puede significar simplemente habitar, pararse, pero también morar en el sentido fuerte de habitar uno en el otro. Jesús habita en el seno del Padre y nos ofrece también a nosotros la posibilidad de habitar en Él y en toda la Trinidad. Él se ofrece hoy, aquí, a mí, para vivir juntos esta increíble, espléndida experiencia de amor. ¿Qué decido, por tanto? ¿Me paro también yo como los discípulos y me quedo con Él, en Él? ¿O me voy, me sustraigo de su amor y corro a buscar otra cosa?

f) **“Y lo condujo a Jesús”** Andrés corre a llamar a su hermano Simón, porque quiere compartir con él el don infinito que ha recibido. Da el anuncio, proclama al Mesías, al Salvador y tiene la fuerza de llevar consigo a su hermano. Se convierte en guía, se convierte en luz, vía segura. Es este un pasaje muy importante: del encuentro y del conocimiento de Jesús, al anuncio. No sé si estoy preparado para esto, no sé si soy lo suficientemente abierto y luminoso para hacerme testigo de Él, que se me ha revelado con tanta claridad. ¿Tengo quizás miedo, me avergüenzo, no tengo fuerzas, soy perezoso?

AMBIENTE

El texto forma parte de la sección introductoria del Cuarto Evangelio (cf. Juan 1,19-3,36). En este apartado la principal preocupación del autor es presentar la figura de Jesús.

Juan, el autor del Cuarto Evangelio, nos invita a participar en una producción escénica. Ante nuestros ojos, varios personajes entran en escena y nos presentan a Jesús. Las afirmaciones que se ponen en boca no son palabras circunstanciales, sino afirmaciones categóricas, cargadas de significado teológico, que nos invitan a profundizar en el misterio de Jesús. El cuadro final que resulta de estas diversas intervenciones presenta a Jesús como el Mesías, Hijo de Dios, que posee el Espíritu y que vino al encuentro de los hombres para hacer aparecer el Hombre nuevo, nacido del agua y del Espíritu.

Juan Bautista ocupa un lugar especial en este contexto de presentación de Jesús. Su testimonio aparece al principio y al final de la sección – cf. Juan 1:19-37; 3:22-36), como si tuviera más que decir que nadie. De hecho, la catequesis cristiana siempre lo ha visto como “el precursor del Mesías”, aquel a quien Dios envió para preparar a los hombres para acoger a Jesús.

Nuestro texto también pone en escena a tres discípulos: Andrés, otro discípulo no identificado y Simón Pedro. Los dos primeros se presentan como discípulos de Juan y es por recomendación de Juan que siguen a Jesús. Se trata de un cuadro de la vocación que difiere sustancialmente del relato de la llamada de los primeros discípulos presentado por los sinópticos (cf. Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11). En cualquier caso, estamos ante un modelo de llamada y seguimiento de Jesús, más que un relato de un hecho real.

MENSAJE

El cuadro inicial nos sitúa junto al río Jordán (v. 35-37). Inicialmente, hay tres personajes en escena: Juan Bautista y dos de sus discípulos. Los discípulos a los que se hace referencia son ciertamente hombres que habían oído la predicación de Juan y habían recibido su bautismo. Estaban disponibles para romper con la “vieja vida” y acoger al Mesías que Israel esperaba ansiosamente y que, según Juan, estaba a punto de llegar.

Sin embargo, Jesús entra en escena. Juan vio a Jesús “pasar” y lo señaló a sus dos discípulos, diciendo: “*he aquí el cordero de Dios*” (v. 36). Juan es una figura estática, cuya misión es meramente circunstancial y consiste únicamente en preparar a los hombres para acoger al Mesías liberador; cuando este Mesías “pasa”, la misión de Juan termina y comienza una nueva realidad. Juan es plenamente consciente de ello... No busca prolongar su protagonismo ni mantener en su círculo restringido a aquellos discípulos que lo escuchaban desde hacía algún tiempo y que bebían de su mensaje. Sabe que su misión no es reunir a su alrededor un grupo de seguidores, sino preparar los corazones de los hombres para acoger a Jesús y su propuesta liberadora. Por eso, en el momento oportuno, señala a Jesús hacia sus discípulos y los invita a seguirlo.

La expresión “*he aquí el cordero de Dios*”, utilizada por Juan para presentar a Jesús, se referirá probablemente al “cordero pascual”, símbolo de la liberación ofrecida por Dios a su pueblo, prisionero en Egipto (cf. Ex 12,3- 14 21-28). Esta expresión define a Jesús como el enviado de Dios, que viene a inaugurar la nueva Pascua y a realizar la liberación definitiva de los hombres. La misión de Jesús consiste, por tanto, en eliminar las cadenas del egoísmo y del pecado que atan a los hombres a la esclavitud y que les impiden alcanzar la vida plena.

Tras la declaración de Juan, los discípulos reconocen en Jesús a este Mesías con una verdadera propuesta de vida y lo siguen. “*Siguieron a Jesús*” es una expresión técnica que el autor del Cuarto Evangelio aplica frecuentemente a sus discípulos (cf. Juan 1,43; 8,12; 10,4; 12,26; 13,36; 21,19). Significa caminar detrás de Jesús, seguir el mismo camino de amor y dedicación que Él tomó, adoptar los mismos objetivos que Jesús y colaborar con Él en la misión. La reacción de los discípulos es inmediata. Aquí no hay lugar para dudas, para excusas, para consideraciones que postergan la decisión, para peticiones de explicaciones, para búsqueda de garantías... Simplemente “siguen” a Jesús.

En un segundo cuadro, se nos invita a presenciar un diálogo entre Jesús y los dos discípulos (v. 38-39). La pregunta inicial de Jesús (“*¿qué buscan?*”) sugiere que es importante que los discípulos sean conscientes de lo que esperan de Jesús, de lo que Jesús puede ofrecerles. El autor del Cuarto Evangelio insinúa aquí, tal vez, que hay quienes siguen a Jesús por motivos equivocados, recurriendo a Él para alcanzar metas personales muy alejadas de la propuesta que Jesús vino a hacer.

Los discípulos responden con una pregunta (“*Rabí, ¿dónde vives?*”). Implica su voluntad de adherirse completamente a Jesús, de aprender de Él, de morar con Él, de establecer comunión de vida con Él. Al llamarlo “Rabí”, indican que están dispuestos a seguir sus instrucciones, a aprender con Él una forma de vida; la referencia a la “morada” de Jesús indica que están dispuestos a permanecer cerca de Jesús, a compartir su vida, a vivir bajo su influencia. Es una afirmación respetuosa de adhesión incondicional a Jesús y a su seguimiento.

Jesús los invita: “**vengan y vean**”. La invitación de Jesús significa que acepta el deseo de los discípulos y los invita a seguirlo, a aprender de Él, a compartir su vida. Los discípulos deben “ir” y “ver”, personalmente, ya que la identificación con Jesús no es algo que se pueda lograr mediante una simple información, sino algo que sólo se puede lograr a través de una experiencia personal de adhesión, comunión y encuentro con Él.

Los discípulos aceptan la invitación y experimentan compartir la vida con Jesús. Esta experiencia directa los convence de quedarse con Jesús (“**se quedaron con Él aquel día**”). Así nació la comunidad del Mesías, la comunidad de la nueva alianza. Es la comunidad de quienes encuentran a Jesús que pasa, buscan en Él la verdadera vida y la verdadera libertad, se identifican con Él, aceptan seguirlo por el camino que Él les indica, están dispuestos a una vida de total comunión con Él.

En un tercer cuadro (v. 40-41), los discípulos se convierten en testigos. Es el último paso de este “camino vocacional”: quien encuentra a Jesús y experimenta la comunión con Él no puede dejar de convertirse en testigo de su mensaje y de su propuesta liberadora. Es una experiencia tan notable que va más allá de los estrechos límites del propio yo y se convierte en un anuncio liberador para los hermanos. El encuentro con Jesús, si es verdadero, conduce siempre a una dinámica misionera.

ALGUNAS PALABRAS PARA ENTENDER MEJOR

El Cordero de Dios:

- En el v. 36 Juan anuncia a Jesús como el cordero de Dios, repitiendo el grito ya emitido antes, el día anterior: “*He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*”. La identificación de Jesús con el cordero está rebotante de alusiones bíblicas, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.
- El cordero aparece ya en el libro del Génesis, en el cap. 22, en el momento del sacrificio de Isaac; Dios provee un cordero, para que sea ofrecido como holocausto en vez del hijo. El cordero desciende del cielo y toma sobre sí la muerte del hombre; el cordero es inmolado para que el hijo viva.
- En el libro del Éxodo, en el cap. 12, se ofrece el cordero pascual, sin mancha, perfecto; su sangre derramada salva a los hijos de Israel del exterminador, que pasa de casa en casa, en la noche. Desde aquel momento todo hijo quedará señalado, sellado, por aquella sangre de salvación. Así viene abierto el camino de la libertad, la vía del éxodo, para llegar a Dios, para entrar en la tierra por Él prometida. Empieza aquí la senda, que conduce hasta el Apocalipsis, hasta la realidad del cielo.
- El elemento del sacrificio, de la degollación, del don total acompaña constantemente la figura del cordero; los libros del Levítico y de los Números nos ponen delante continuamente esta presencia santa del cordero: éste viene ofrecido todos los días en el holocausto cotidiano; se inmola en todos los sacrificios expiatorios, de reparación, de santificación. • También los profetas hablan de un cordero preparado para el sacrificio: oveja muda, esquilada sin abrir siquiera la boca, manso cordero conducido al matadero (Is 53,7; Jer 11,19). Cordero sacrificado sobre el altar, todos los días.
- En el evangelio, es Juan el Bautista el que anuncia y descubre a Jesús como verdadero cordero de Dios, que toma sobre sí el pecado del hombre y lo borra con la efusión de su pura y preciosa sangre. Es Él, de hecho, el cordero inmolado al puesto de Isaac; es Él el cordero asado al fuego la noche de Pascua, Cordero de la liberación: es Él el sacrificio perenne al Padre, ofrecido por nosotros; es Él el siervo sufridor, que no se rebela, no recrimina, sino que se entrega silencioso por nuestro amor. San Pedro lo dice claramente: “Vosotros estáis liberado de vuestra conducta gracias a la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto y sin mancha (1Pet 1,19).
- El Apocalipsis revela todo sobre el Cordero. Es Él el que puede abrir los sellos de la historia, de la vida de cada hombre, del corazón escondido, de la verdad (Ap 7,1.3.5.7.9.12.;8,1), es el vencedor, aquél que se sienta sobre el trono (Ap 5,6), es él el rey, digno de honor, alabanza, gloria, adoración (Ap 5, 12) Es Él el Esposo, que invita a su banquete de bodas (Ap 19,7); es la lámpara (Ap 21,23), el templo (Ap 21,22), el lugar de nuestro descanso eterno; Él es el pastor (Ap 7,17), al que seguiremos adonde vaya (Ap 14,4).

Ver:

- En este pasaje encontramos por cinco veces expresiones referentes al ver, al encuentro de las miradas El primero es Juan, que tiene ya el ojo habituado a ver en lo profundo y a reconocer al Señor que viene y

pasa; él debía dar testimonio a la luz y por esto tiene los ojos iluminados por dentro. En efecto, junto al río Jordán, él ve al Espíritu posarse sobre Jesús (Mt 3,16); lo reconoce como cordero de Dios (Jn 1, 29) y continuó mirando y fijando la mirada (v. 36) sobre Él para señalarlo a los discípulos. Y si Juan lo ve así, si es capaz de penetrar las apariencias, significa que ya antes había sido alcanzado por la mirada de Jesús, ya antes había sido iluminado. Como somos también nosotros. Apenas la mirada del testigo se apaga, se consigue la luz de los ojos de Cristo. En el v. 38 se dice que Jesús ve a los discípulos que lo siguen y el evangelista usa un verbo muy bello, que significa “fijar la mirada sobre alguno”, “mirar con penetración e intensidad”. El Señor obra verdaderamente así con nosotros: Él se vuelve hacia nosotros, se acerca, toma en serio nuestra presencia, nuestra vida, nuestro caminar en pos de Él y nos mira, a lo largo, sobre todo con amor, pero también con intensidad, con detención, con profunda atención. Su mirada no nos deja nunca solos. Sus ojos están fijos dentro de nosotros; están estampados en nuestras entrañas, como canta San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual.

- Y después el Señor nos invita a abrir a su vez nuestros ojos, a comenzar a mirar de verdad; dice: “*Vengan y vean*”. Cada día nos lo repite, sin cansarse de dirigirnos esta invitación tierna y fuerte, rebotante de promesas y de dones. “*Vieron donde moraba*”, anota Juan, usando un verbo algo diverso, muy fuerte, que indica un ver profundo, que va más allá de las superficies y contactos, que entra en la comprensión, en el conocimiento y en la fe de lo que se ve. Los discípulos – y nosotros con ellos, en ellos – vieron, aquella tarde, donde moraba Jesús, o sea comprendieron y conocieron cual era su verdadera casa, no un lugar, no un espacio....
- De nuevo vuelve el verbo gramatical del principio. Jesús fija su mirada sobre Simón (v. 42) y con aquella luz, con aquel encuentro de ojos, de almas, lo llama por el nombre y le cambia de vida, lo vuelve un hombre nuevo. Los ojos del Señor están también abiertos sobre nosotros y nos lavan de las oscuridades de nuestras tinieblas, iluminándolos de amor; con aquellos ojos Él nos está llamando, está haciendo de nosotros una nueva creación, está diciendo: “Sea la luz” y la luz fue.

Permanecer – morar:

- Este es otro verbo importantísimo, fortísimo, otra perla preciosa del Evangelio de Juan. En nuestro pasaje se encuentra tres veces, con dos significados diversos: habitar y permanecer. Los discípulos preguntan inmediatamente a Jesús dónde vive Él, dónde está su casa y Él los invita a caminar, a entrar, a quedarse. “Se quedaron con Él aquel día” (v.39).
- No es un quedarse físico, temporal; los discípulos no son sólo huéspedes de paso, que pronto se irán. No, el Señor les da espacio en su lugar interior, en su relación con el Padre y allí los acoge para siempre; pues dice: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, estén también ellos en nosotros.... yo en ellos y tú en mí...” (Jn 17,21.23). Nos deja entrar y entra; nos deja tocar en la puerta y toca Él mismo; nos hace morar en Él y pone en nosotros su morada junto al Padre (Jn 14,23).
- Nuestra llamada a ser discípulos de Cristo y para ser sus anunciadores ante nuestros hermanos tiene su origen, su fundamento, su vitalidad, precisamente aquí, en esta realidad de la recíproca inhabitación del Señor en nosotros y de nosotros en Él; nuestra felicidad duradera y verdadera surge de la realización de este nuestro permanecer. Hemos visto donde Él vive, hemos conocido el lugar de su presencia y hemos decidido permanecer con Él, hoy y por siempre.
- “Permanezcan en mí y yo en ustedes... Quien permanece en mí y yo en él lleva mucho fruto... Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les dará... Permanezcan en mi amor” (Jn 15) • ¡No, no iré a ningún otro, no me refugiaré en otro lugar sino en Ti Señor, mi morada, mi lugar de salvación! Permite, te ruego, que yo permanezca aquí, junto a ti, por siempre. Amén.

ACTUALIZACION

- Hace unos días comenzamos un nuevo año. ¿Qué programa tenemos para el “camino de este año”? El autor del Cuarto Evangelio tiene una propuesta irrefutable que hacernos este año... Nos invita a redescubrir a Jesús al pasar, a ir tras él, a entrar en su casa, a compartir su vida y su proyecto, a interiorizar-nos. sus actitudes fundamentales... Si aceptamos, nos espera una aventura inolvidable, una experien-

cia profundamente liberadora, un viaje que nos conducirá a una Vida de plenitud. ¿Aceptamos la invitación?

- "¿Qué estás buscando?" – pregunta Jesús a aquellos dos discípulos que se atrevieron a ir tras él... A todos nosotros que nos sentimos insatisfechos, que no nos conformamos con la mediocridad, que tenemos sed de más humanidad y más paz, que no estamos dispuestos a perder el tiempo en la vida cómodamente refugiados En nuestra estéril zona de confort, nos preguntamos sobre la forma en que se está construyendo nuestro mundo, Jesús también pregunta: "¿Qué estás buscando?" ¿Somos conscientes de que Jesús es la fuente que puede saciar nuestra sed de Vida? ¿Y estamos disponibles para dar testimonio de Jesús a todos los hombres y mujeres que viven perdidos en el laberinto de la vida y que no saben dar sentido a su existencia?
- Según esta hermosa página del Evangelio según Juan, la adhesión a Jesús sólo puede ser radical y absoluta, sin tibiezas ni vacilaciones. Los dos primeros discípulos no discutieron el "orden" que iban a ganar, si la aventura tenía futuro o si estaba condenada al fracaso, si abandonar a un maestro para seguir a otro representaba un ascenso o un descenso, si lo que dejaban atrás era importante o no era importante; simplemente "siguieron a Jesús", sin garantías, sin condiciones, sin explicaciones superfluas, sin "seguros de vida", sin preocuparse por salvaguardar el futuro si la aventura no salía bien. La aventura de la vocación es siempre –y también para nosotros– un salto decidido y sereno a los brazos de Dios.
- Andrés y el otro discípulo contaron con la ayuda de Juan Bautista para encontrar a Jesús y decidir ir tras él. Este detalle nos recuerda el papel de los hermanos de nuestra comunidad en nuestro camino de fe y en nuestro descubrimiento de Jesús. La fe no es un camino solitario, que cada persona recorre aisladamente; pero es una experiencia comunitaria, vivida en diálogo y compartiendo con los hermanos y hermanas que caminan junto a nosotros y con quienes nos reunimos, al menos en el "Día del Señor", para orar y celebrar. ¿Es la comunidad cristiana el espacio habitual donde se expresa, realiza, confronta y desarrolla mi fe?
- El encuentro con Jesús es un camino que me debe llevar al encuentro de mis hermanos y que debe convertirse, en cualquier momento y en cualquier circunstancia, en anuncio y testimonio. Quien experimenta la vida y la libertad que Cristo ofrece no puede ignorar este descubrimiento; pero debes sentir la necesidad de compartirlo con los demás, para que ellos también puedan encontrar el verdadero sentido de su existencia. "Hemos encontrado al Mesías" debe ser el anuncio gozoso de quienes han encontrado a Jesús, han hecho una verdadera experiencia de vida nueva con Él y anhelan llevar a sus hermanos y hermanas a un descubrimiento similar.
- Juan Bautista nunca buscó destacarse a sí mismo y crear un grupo de partidarios o seguidores que satisficieran su vanidad o su deseo de protagonismo... Su preocupación era sólo preparar los corazones de sus conciudadanos para acoger a Jesús. Luego, discretamente se retiró a las sombras, dejando que los proyectos de Dios siguieran su curso. Juan nos enseña a nunca convertirnos en protagonistas ni a llamar la atención sobre nosotros mismos; ser testigos de Jesús, no de nosotros mismos.